

**CONFERENCIA CEINDO**  
**Madrid 20/6/18.**

**La cuestión catalana. Algunas notas sobre un conflicto nacional.**

**Manuel Martínez Sospedra.**  
**Catedrático de Derecho Constitucional.UCH-CEU.**

La nación es un artefacto político, no un producto de la naturaleza ni el resultado espontáneo de una determinada dinámica social. Ese artefacto se inventa en el último tercio del s. XVIII. De donde se sigue que no hay ni puede haber nación alguna cuya vida se remonte más atrás

Si bien el artefacto señalado es producto de la Ilustración, no lo es el término que lo designa. Ese es muy antiguo, siendo derivado del latín y nace para designar el conjunto de personas que tienen entre sí una relación nacida de su origen común. Ese uso de origen medieval, cuya primera muestra documentada se refiere a las *nationes* en que se agrupaban los estudiantes de la Sorbona en el s. XIV, es de uso común, desde entonces, para designar a los originarios de un territorio; sin ir más lejos ese es el uso que se le da en el Quijote.

A partir de finales del s. XVII, con la consolidación de la Monarquía Absoluta como forma política standard, el término pasa a usarse para designar al conjunto de los súbditos del Rey y, por extensión, al de los miembros de un Estado. Tal es el uso que atestiguan los artículos de El Federalista, en los que el término y sus derivados se usan para designar el gobierno federal que inventa la Constitución USA de 1787.

La invención del artefacto se produce, no obstante, durante la Revolución francesa y lo hace para resolver un problema político peculiar. La invención del Estado Constitucional exige el traslado de la titularidad de la soberanía del Monarca a la colectividad. En el caso USA, fuertemente marcado por la influencia lockeana, el problema puede resolverse invocando como titular de aquella al “pueblo”, término de una muy conveniente vaguedad que, por mor de la misma, lo hace compatible con las restricciones al sufragio. Pero en la Francia de 1789, tan marcada por la influencia rousseauiana, ese recurso no es posible en tanto que conduce directamente al sufragio universal y, con el, al gobierno democrático, cosa que la mayoría de los revolucionarios no desean en modo alguno. La invención de la Nación responde a esa necesidad.

La respuesta al problema de cómo fundamentar un Estado Constitucional sin necesidad de verse forzado a aceptar el principio democrático la acuña Sieyès en una fórmula genial

**Constituyen una Nación el conjunto de personas que viven bajo una misma ley y están representados en una misma Legislatura.**

Y de ella se predica la titularidad de la soberanía. En otras palabras: la Nación es el conjunto de los ciudadanos miembros de un Estado Constitucional y al atribuirle la titularidad de la soberanía, la Nación deviene el sujeto político principal, aquel dotado de supremacía.

En consecuencia, al ser la Nación el sujeto político principal, su interés es el más importante: aquel que debe prevalecer en caso de conflicto; la lealtad a la Nación es la lealtad primaria ante la que deben ceder todas las demás, sólo ella es fuente de legitimidad de los poderes públicos que ella misma establece y, por ello, solo gozan de autoridad legítima aquellos magistrados que obtienen una investidura nacional: sólo ellos son autoridades propias. Como corolario la hacienda, la armada, el ejército, la administración, etc. pasan de ser Reales a ser Nacionales. Con razón argüían los redactores del Manifiesto de los Persas frente a la Constitución de 1812: en ella el Rey deja de serlo para pasar a ser simplemente uno de los magistrados de la Nación.

Ahora bien, la condición de posibilidad de esta criatura política radica en que los antaño súbditos y ahora ciudadanos se autoconciban como tales y desarrollen una cultura política coherente con el principio del primado de la Nación. Para ello, este debe imponerse a la lealtad al Rey y a la dinastía, a la lealtad a las comunidades integradas en el cuerpo nacional y a la lealtad a la Iglesia, lo cual exige la socialización política de las masas según el primado nacional. Con razón se atribuye a Cavour el dicho. “Hemos construido Italia, ahora procede construir los italianos”.

Los instrumentos para ello son: de un lado, la elaboración de un corpus ideológico y simbólico que justifique y explique la primacía nacional (cosa que hacen los intelectuales) y del otro, la articulación de sistemas de socialización para difundir ese corpus y generar con ello la identidad y lealtades correspondientes, venciendo para ello las resistencias que la Iglesia, el sentimiento monárquico y las lealtades locales puedan oponer. Hasta fecha reciente el mecanismo fundamental para ello ha sido el uso del sistema de enseñanza, de preferencia de una enseñanza ordenada de tal modo que sus contenidos sean fijados por el estado nacional y, siempre que sea factible, mediante un sistema público de enseñanza de masas.

El modelo brevemente descrito presupone que el Estado crea la Nación y, efectivamente, allí donde ese supuesto se da así sucede. Empero había y hay casos en los que existe previamente una o varias comunidades culturales y estas carecen de un Estado propio, bien porque están sujetas a dominación imperial, bien porque la comunidad cultural está fragmentada en varias unidades políticas. En tales casos es necesaria una fundamentación de la Nación no estatal. La respuesta más común es la de la diferenciación étnica: el principio de las nacionalidades. Mancini lo explicó muy bien: **Todo pueblo con unidad de historia, costumbres y lengua y que cuenta con la conciencia de esa unidad constituye una Nación y tiene por ello derecho a ser independiente.**

En nuestro caso el proceso de construcción de la Nación, que discurre a lo largo del XIX a partir del momento fundador de 1808 tropieza, de un lado, con resistencias extremadamente fuertes: la fragmentación del país derivada de la historia, las condiciones técnicas y la orografía, la potencia del sentimiento monárquico, la existencia del movimiento político legitimista más fuerte de Europa ( el carlismo) y la influencia de la Iglesia; del otro, choca con la debilidad administrativa y financiera del Estado Liberal, el abandono de la enseñanza por ese mismo Estado y el impacto traumático de la pérdida de los últimos restos del Imperio cuando la construcción de uno propio es la norma europea.

Como consecuencia de las grietas que presenta entre nosotros la construcción de la Nación, resulta imposible evitar que a través de ellas irruman movimientos nacionales alternativos que, no por casualidad, se basan en concepciones étnicas de las Naciones

alternativas, y que tienen un éxito, cuanto menos parcial, en dos áreas concretas: la catalana y la vasca.

El *locus* en el que se ubica el “problema catalán” es precisamente este: el conflicto entre dos movimientos nacionales alternativos: el español y el catalán. Ambos parcialmente exitosos, ambos parcialmente fracasados. Lo primero porque han alcanzado audiencia, recepción y apoyo en las comunidades a las que se dirigen, lo segundo porque no han alcanzado a impedir la emergencia y resistencia del competidor.

El balance no es paritario. Uno de esos movimientos, el español, goza de una posición más fuerte en buena medida debido a que la tardía modernización de España ha tenido lugar y, pese a las deficiencias del uso del sistema de enseñanza hasta muy avanzada la Dictadura de Franco, la modernización ha proporcionado los medios para superar, siquiera sea parcialmente, el cantonalismo *de facto* previamente existente gracias al desarrollo de las infraestructuras, de los medios de comunicación de masas, al abaratamiento del transporte y al desarrollo de fuertes migraciones internas.

De entrada, ese resultado se aprecia en el predominio aplastante de la identidad compartida ( vide Cuadros III y IV)

### Cuadro III

#### Identidad Nacional Subjetiva,

Categ.	Ab.013	Ab.014	Ab.015	Ab.016	Ab.017	Ab.018	Media
Solo Esp.	14,6	16,6	15,0	18,0	15,7	16,8	16,12
Mas español/CA	6,8	5,6	6,6	5,4	6,3	6,2	6,15
Español=CA	55,0	54,9	55,3	52,7	53,9	54,4	54,37
Mas CA/Español	11,8	10,4	16,7	12,3	12,6	11,1	12,48
Solo CA	5,6	6,3	5,7	5,9	8,3	5,6	6,23
Ninguno	4,9	4,9	5,0	4,8	4,6	5,2	4,90
NS	0,4	0,6	5,3	0,3	0,2	0,4	
NC	0,7	0,6	0,3	0,5	0,5	0,4	

### Cuadro IV.

#### Identidad nacional Subjetiva y recuerdo de voto en Legislativas.

	Media	PP	PSOE	UP	C,s	ECP	Comp	ERC	CDC	EM	PNV
Solo E.	16,8	26,8	16,6	14,0	22,4	1,6	8,3	----	----	----	6,2
+E/CA	6,2	8,9	7,0	4,7	10,2	----	----	----	----	4,8	----
E=CA	54,4	57,7	62,9	47,0	57,3	54,8	66,7	5,2	----	70,8	37,5
+CA/E.	11,1	5,2	8,9	17,7	5,5	30,6	10,4	36,1	21,2	12,5	43,8
SoloCA	5,8	0,2	1,4	1,9	0,4	4,8	2,1	59,7	78,8	4,2	12,5
Ninguna	5,2	0,8	3,0	13,0	3,5	8,1	12,5	----	----	8,3	----
NS	0,4	0,2	----	0,9	----	----	----	----	----	----	----

NC	0,4	----	0,2	0,9	0,3	----	----	-----	-----	----	----
----	-----	------	-----	-----	-----	------	------	-------	-------	------	------

. La identidad compartida paritaria es mayoritaria, la identidad compartida lo es en todo el territorio nacional, en este caso con inclusión de Cataluña (vide cuadros VII y XIV)

## Cuadro VII

### Identidad Nacional Subjetiva/Clase social.

	Media	CA/MA	NCM	VCM	OC	ONC	No cons.
Solo Es.	5,5	3,0	5,0	4,7	5,6	13,9	4,4
+E/Cat.	6,3	2,6	6,1	4,6	6,2	12,7	1,3
E=Cat.	38,2	26,9	35,8	33,4	47,4	47,6	43,5
+Cat/E	24,4	27,8	28,8	27,6	20,3	14,5	20,3
Solo Cat	21,5	32,7	20,8	26,7	15,3	8,6	26,4
NS	1,2	2,4	0,9	1,1	0,6	1,2	1,4
NC	2,8	4,6	2,6	1,9	2,5	1,6	2,6

## Cuadro XIV

### Identidad nacional subjetiva

Solo Español	3,7
Mas español que catalán	3,4
Igual de español que catalán	42,3
Más catalán que español	21,6
Solo catalán	26,2
NS	1,6
NC	1,1

Identidad compartida: 67,3.

. Lo que ocurre es que en Cataluña y en el País Vasco ( no así en Galicia, ni en Valencia, ni en Baleares) la distribución difiere de la media nacional mientras que en éstas la identidad española exclusiva o predominante es notablemente fuerte, en el caso catalán ambas son débiles o muy débiles, hay una fuerte sobrerrepresentación de la identidad compartida de predominio catalán y una muy fuerte (algo más de un quinto de la varianza) de la catalana exclusiva, y aun así los catalanes que se sienten muy o bastante próximos a España superan la mayoría absoluta, en tanto que la ausencia de proximidad supera por poco la quinta parte de la muestra (Cuadro XVI).

## Cuadro XVI

### Adhesión sentimental.

Muy próximo a España	24,8
----------------------	------

Bastante próximo a España	27,8
Poco próximo a España	24,0
Nada próximo a España	22,7
NS	0,3
NC	0,5

### Adhesión sentimental y recuerdo de voto autonómico.

	Media	PP	C,s	JxC	PSC	Comuns	CUP
MProx.	24,8	<b>77,8</b>	<b>63,8</b>	3,1	<b>44,1</b>	21,8	----
BProx.	<b>27,8</b>	20,2	29,0	14,4	43,4	<b>43,2</b>	13,3
PProx	24,0	----	7,2	33,9	8,8	24,3	<b>46,7</b>
NProx	22,7	----	----	<b>48,6</b>	3,7	10,8	40,0
NS	0,3	----	----	----	----	----	----
NC	0,5	----	----	----	----	----	----

Si de las actitudes pasamos a las opiniones sobre la estructura territorial del Estado las cosas son diferentes, aunque no tanto como pudiera pensarse. Así, pese a la fuerte presión recentralizadora que ha sido una de las consecuencias secundarias de la crisis económica, la opción a favor del desmontaje de la organización autonómica es fuertemente minoritaria en el conjunto de España, con un apoyo que apenas supera el quinto de los encuestados (vide Cuadro I)

### Cuadro I

#### Estructura territorial. Evolución.

Categ.	Ab.013	Ab.014	Ab.015	Ab.016	Ab.017	Ab.018	Media
EUC	23,6	20,9	20,7	19,7	17,0	19,5	20,23
EAU -Au.	14,9	10,7	12,0	11,2	9,3	11,9	11,67
EAU =A	<b>31,0</b>	<b>35,4</b>	<b>35,1</b>	<b>37,3</b>	<b>36,9</b>	<b>37,1</b>	<b>35,47</b>
EAU+Au.	12,0	13,4	14,8	13,8	12,2	12,4	
Autodet.	9,1	9,7	10,0	9,7	9,3	10,4	9,70
NS	7,6	7,3	5,9	6,7	11,7	7,5	
NC	1,8	2,7	1,5	1,6	2,7	1,2	

siendo la opción mayoritaria la continuidad del diseño actual, de tal modo que algo mas del 58% opta por conservar o aumentar el autogobierno existente a la fecha. En tanto que en Cataluña los apoyos a las políticas de reducción o eliminación de la autonomía son muy minoritariss, por debajo del 49% de la media nacional, situándose en el entorno del 9 por ciento. (vide CuadroVIII )

### Cuadro VIII.

## Modelo Territorial/ Clase social.

	Media	CA/MA	NCM	VCM	OC	ONC	No cons.
EUC	6,6	4,1	4,4	1,7	9,1	9,7	5,0
EA-A	2,6	2,8	2,8	1,7	3,1	1,2	4,8
EA=A	23,8	13,7	22,2	18,7	29,6	40,0	21,8
EA+A	25,9	24,0	27,2	27,4	26,0	25,8	20,1
Autode.	36,4	52,1	39,3	39,3	25,9	19,6	48,3
NS	2,3	1,6	1,7	2,8	3,1	2,1	----
NC	2,3	1,9	2,1	2,5	3,1	0,6	----

. Las cosas son y no son muy diferentes en el caso de Cataluña, lo son porque la elevada cuota de apoyo que obtiene no ya la opción autodeterminista, sino directamente la secesión, y no lo son porque, como vamos a ver, la identidad nacional subjetiva de los catalanes difiere de la media nacional menos de lo que se supone, el grado de adhesión sentimental es más elevado de lo que generalmente se piensa y la base social del nacionalismo secesionista es más estrecha y más diferenciada de lo que en el debate público se viene a admitir.

En otras palabras: Cataluña es más grande que el catalanismo, el catalanismo es más grande que el nacionalismo, el nacionalismo es más grande que el secesionismo, y no faltan motivos para pensar que en el secesionismo hay distintos grados de intensidad y de él no esta ausente un componente de percepción de la Cataluña realmente existente. Pero para hablar de ello antes hay que hablar del nacionalismo.

Desde su origen en la década de 1880 el catalanismo ha venido oscilando entre dos concepciones distintas de la catalanidad: una definición cívica y una definición étnica.

La primera entiende que la pertenencia catalana se define ante todo por una adscripción política, que, a su vez, descansa sobre la residencia. De conformidad con esta visión de la adscripción son catalanes los españoles residentes en Cataluña, sea cual sea su ascendencia, confesión, lengua o costumbres. Esa fue, en su día la concepción sostenida por la rama del nacionalismo de raíz republicana y liberal, que fue mayoritaria al menos hasta la guerra civil y que durante la transición defendió la izquierda (*es catalá el que viu i treballa a Catalunya*). A esta visión responde la famosa alocución de Tarradellas en 1977 “*Ciutadans de Catalunya, ja soc aquí* “. *Ciutadans*, no *catalans*. Porque el viejo zorro republicano sabía muy de que hablaba.

Por su parte la segunda opta por una definición étnica de la pertenencia catalana: no basta con el criterio político-administrativo de la residencia, para ser considerado realmente catalán, para ser “*ver catalá*”, es indispensable poseer de origen, o adquirir después, unos determinados rasgos identitarios que giran esencialmente en torno a la lengua y a las costumbres del país. Originalmente esa corriente procede de la tradición política conservadora basada en este punto en la tradición del nacionalismo romántico de cuño herderiano: solo quienes participan del “espíritu del pueblo” son realmente miembros de la comunidad nacional, de una comunidad nacional dotada de una fuerte cohesión derivada de la común pertenencia étnica que define a sus miembros como “*poble de Catalunya*”. Esta segunda versión fue dominante en el nacionalismo conservador y regionalista de la pre-

guerra, y constituyó una tendencia minoritaria en la versión más radical de la izquierda nacionalista.

En ambos casos se sostiene una concepción potencialmente integradora de la catalanidad, pero mientras la primera tiene una clara vocación pluralista la segunda encierra un potencial homogeneizador nada desdeñable. Mientras que la primera es estructuralmente abierta la segunda no lo es, de donde se sigue que esta última posee un considerable potencial excluyente.

El nacionalismo catalán se forja y se desarrolla en un contexto español en el que Cataluña se ha convertido ya en una sociedad industrial y moderna, abierta a Europa, una sociedad dinámica y cosmopolita que contrasta con una España rural, estancada, castiza y pobre, que se ejemplifica en un Estado centralizado cuya sede es un poblachón manchego dominado por una aristocracia y una burguesía terratenientes, por su mentalidad y modo de vida ubicables en algún lugar intermedio entre Paris y Berbería. Ello genera, no sólo una fuerte demanda de autogobierno, sino también una mentalidad de fuertes rasgos supremacistas: Cataluña es moderna, desarrollada y europea porque ella y los catalanes son diferentes del resto de los españoles, y aquí, implícitamente, la “diferencia” se entiende en términos de mayor calidad: Cataluña es mejor que España porque los catalanes son de mejor calidad que los españoles. Incluso no faltaran en Barcelona émulos de D.Sabino Arana que invocarán la pretendida diferencia racial para justificar ese supremacismo

Esa mentalidad supremacista, muy difundida, por cierto, se ve reforzada por la llegada de la inmigración, murciana primero, andaluza después. El español inmigrado, el *xarnego*, es rústico, inculto, vulgar y pobre, su inmersión en la sociedad catalana contribuye a la larga a su mejoramiento, pero este pasa por su progresivo acceso a una catalanidad étnicamente definida. De este modo el prejuicio nacionalista y el prejuicio de clase entran en sintonía y se refuerzan mutuamente. Los juicios derogatorios del *President* Montilla debidos a su origen andaluz se inscriben en ese contexto.

Como para muestra basta un botón es sugerente entrar en la encuesta del CEOP del pasado mayo (vide Cuadro XIII) en la que se pregunta que es necesario para ser “*veritable català*”.

### **Cuadro XIII**

#### **CEOP. Barómetro de mayo.**

#### **Definición étnica de la catalanidad.**

#### **Necesario para ser “veritable catalá”. Importancia**

	Muy Impor.	Bastante Imp.	No muy Imp.	Nada Import.
Haber nacido	18,3	23,1	24,5	27,9
Hablar catalán	26,6	30,3	17,8	17,7
Ser Católico	3,2	15,7	12,7	70,5
Compartir costumbre y tradiciones	21,9	43,1	21,1	13,3

En sí misma la formulación de la pregunta es significativa en cuanto presupone que no basta vivir en Cataluña para ser catalán, vivir y trabajar en Cataluña por sí solo no da patente de catalanidad, hace falta algo más. Para serlo de verdad hay que adoptar determinados rasgos: para casi un 57% es importante hablar catalán y para casi los dos tercios (el 64%) compartir las costumbres y tradiciones, costumbres y tradiciones que, naturalmente, definen los catalanes “*de nissaga*”. De este modo se insinúa una divisoria en el seno de ese “*poble català*” étnicamente definido: los recién llegado pueden acceder a la catalanidad si adquieren determinados rasgos y satisfacen determinados requisitos, pero son los catalanes “de siempre” quienes determinan e imponen los requisitos de etnicidad que se deben cumplir para ser catalán *comme il faut*.

Si se tiene en cuenta lo dicho se entiende sin dificultad que una parte sustancial de la élite catalana entienda que resulta una limitación insufrible de sus expectativas la dependencia de un Estado que se siente ajeno, de un lado, y que impide su plena realización al impedir la plena realización nacional. En este sentido la acelerada modernización del resto de España y su progresiva conversión en una sociedad postindustrial tienden a ser percibidos como un riesgo de importancia creciente para la propia posición de superioridad percibida, esta se halla en riesgo (ahora hay competencia y esa competencia tiene su Estado) y ese riesgo sólo puede ser remediado mediante el acceso a la condición de Estado Independiente. El nacionalismo se desplaza así desde las propuestas de modernización de la sociedad y el Estado españoles, que han definido la práctica del catalanismo hasta bien entrados los años ochenta, a las propuestas de salida mediante la secesión.

Dicho lo dicho, ya va siendo hora de entrar en un breve examen de cómo es la Cataluña real.

Como primera providencia conviene ver de dónde vienen los catalanes realmente existentes. El Cuadro V nos lo dice:

## **Cuadro V.**

### **Origen/clase social.**

#### **a) General**

	Media	CA/MA	NCM	VCM	OC	ONC	No cons.
Cataluña	72,2	80,3	77,0	77,8	66,1	56,1	80,5
Otra CA	22,0	14,5	17,5	20,2	29,7	31,6	12,5
Otro Pais	5,7	5,2	5,5	5,8	4,2	11,5	7,0
NC	0,1	0,1		0,2		1,8	

#### **b) Origen del padre.**

	Media	CA/MA	NCM	VCM	OC	ONC	No cons.
Cataluña	48,4	57,9	53,4	55,7	40,1	28,6	56,9
Otra CA	45,6	36,4	39,9	40,3	55,6	57,4	43,1
Otro P.	5,4	5,1	5,6	3,8	4,4	11,7	----
NC	0,7	0,6	1,1	0,2	1,1	2,3	----



### **c) Origen de la madre.**

	Media	CA/MA	NCM	VCM	OC	ONC	No cons.
Cataluña	48,7	56,8	54,3	56,3	40,2	25,6	63,0
Otra CA	45,2	35,1	39,5	39,1	55,7	51,7	29,8
Otro P.	5,4	5,6	5,9	4,4	3,9	11,9	5,7
NC	0,7	0,5	0,3	0,3	0,1	0,6	1,4

un 72% son catalanes nativos, casi el 28 % no. Empero no todo catalán nativo tiene una ascendencia que lo sea, en este caso los catalanes se dividen en dos grupos prácticamente iguales: uno de los dos ascendientes directos no es nativo, además el hecho de que los datos referentes al padre y a la madre sean virtualmente idénticos nos indica que, a diferencia de los que sucede en otros meridianos, en Cataluña el matrimonio mixto es común. Pero asimismo los datos citados nos señalan que hay un fuerte sesgo de clase en el origen: mientras que las clases altas y medias son más nativas que la media, las clases trabajadoras lo son menos, y lo mismo sucede, bien que, en mayor grado, en lo que al origen de los padres afecta. Las élites catalanas son menos mestizas que el conjunto de los catalanes. La Cataluña real es mestiza desde el punto de vista de la etnicidad, pero las élites catalanas lo son menos, son más “puras” que la Cataluña real, aunque eso sí, son más poderosas.

Si hay notables diferencias de origen no las hay en lo que al uso de la lengua propia afecta (vide Cuadro XII)

### **Cuadro XII**

#### **Uso del Catalán.**

Lo entiende	98,9
Lo habla con fluidez	83,4
Lo lee	89,3
Lo escribe correctamente	62,6.

: la práctica totalidad de la población entiende el catalán, casi el noventa lo lee, más del ochenta por ciento lo habla con fluidez y, reflejo de la introducción del catalán en el sistema escolar, casi los dos tercios de los catalanes lo escriben correctamente. No parece que pueda sostenerse que la lengua discrimine, ni que el catalán se halle en regresión e incluso en riesgo de extinción porque en la Cataluña real convive con el castellano, lengua nativa de algo más del 48% por los catalanes realmente existentes.

Si consultamos las respuestas al test de la identidad nacional subjetiva (vide Cuadros VII y XIV)

### **Cuadro VII**

#### **Identidad Nacional Subjetiva/Clase social.**

	Media	CA/MA	NCM	VCM	OC	ONC	No cons.
Solo Es.	5,5	3,0	5,0	4,7	5,6	13,9	4,4
+E/Cat.	6,3	2,6	6,1	4,6	6,2	12,7	1,3
E=Cat.	38,2	26,9	35,8	33,4	47,4	47,6	43,5
+Cat/E	24,4	27,8	28,8	27,6	20,3	14,5	20,3
Solo Cat	21,5	32,7	20,8	26,7	15,3	8,6	26,4
NS	1,2	2,4	0,9	1,1	0,6	1,2	1,4
NC	2,8	4,6	2,6	1,9	2,5	1,6	2,6

## Cuadro XIV

### Identidad nacional subjetiva

Solo Español	3,7
Mas español que catalán	3,4
Igual de español que catalán	42,3
Más catalán que español	21,6
Solo catalán	26,2
NS	1,6
NC	1,1

Identidad compartida: 67,3.

se observa que el formato no se separa tanto del nacional: la identidad compartida paritaria es la más frecuentada, el conjunto de la identidad compartida supera los dos tercios y las respuestas excluyentes son minoritarias, si bien la catalanidad excluyente se mueve entre un quinto y un cuarto de los catalanes, muy por encima de la media española.

Ahora bien, las medias pueden resultar engañosas, y en este caso lo son: la identidad compartida paritaria se halla en minoría en las clases alta y media alta y entre las viejas clases medias, en tanto la identidad catalana excluyente es la más frecuentada en el caso de los mejor situados. Las elites catalanas son más exclusivistas que la media. Es de esperar que sean, asimismo, más nacionalistas que la media.

Si examinamos las respuestas respecto de la intensidad del sentimiento nacionalista (cuadros X y XX)

## Cuadro X

### Escala de Nacionalismo Catalán.

	Media	CA/MA	NCM	VCM	OC	ONC	No cons.
1	21,4	14,0	19,4	22,2	24,7	32,0	25,2
2	6,9	6,3	6,7	5,3	6,9	10,9	5,0
3	8,1	7,2	8,5	7,6	9,0	8,3	----
4	3,6	4,0	3,3	2,4	3,7	3,9	7,8
5	11,5	9,0	8,9	12,3	13,8	15,7	12,1

6	6,5	5,9	6,3	8,1	6,4	7,6	2,1
7	6,3	7,4	6,9	4,6	6,6	3,3	6,0
8	11,2	13,5	12,5	14,1	8,7	6,8	7,0
9	7,6	11,1	7,4	9,5	7,3	0,9	12,0
10	12,6	17,4	16,2	11,1	8,0	7,5	14,0
NS	1,1	0,5	0,7	1,3	1,0	1,6	1,3
NC	3,0	3,6	3,1	1,6	3,3	1,6	7,6
Media	5,22	6,04	5,52	5,31	4,72	3,91	5,33

## Cuadro XX.

### Intensidad del nacionalismo catalán y recuerdo de voto autonómico

	Media	PP	C,s	JxSi	PSC	Comuns	CUP
1	13,3	<b>33,3</b>	<b>39,1</b>	0,8	21,3	16,2	8,9
2	3,6	8,3	8,7	1,4	8,1	4,5	2,2
3	4,3	8,3	1,4	1,1	9,6	8,1	----
4	3,6	5,6	7,2	2,2	5,1	7,2	2,2
5	<b>24,1</b>	30,6	33,3	10,0	<b>34,6</b>	<b>34,2</b>	17,8
6	6,9	8,3	4,3	5,6	7,4	13,5	----
7	9,0	----	1,4	11,9	4,4	3,6	<b>22,2</b>
8	10,0	----	1,4	17,8	1,5	7,2	20,0
9	4,8	----	----	10,0	2,2	0,9	11,1
10	16,0	----	----	<b>38,3</b>	1,5	2,7	15,6
NS	2,5	2,8	----	0,8	2,9	----	----
NC	1,9	2,8	2,9	----	1,5	1,8	----
Media	5,81	3,18	3,13	8,06	3,98	4,57	6,82

se obtiene *prima facie* un resultado esperable: la intensidad estándar es media, y oscila entre el 5 y el 6 en una escala de diez puntos. Cataluña es nacionalista *ma non troppo*. Ahora bien, nuevamente las medias ocultan un panorama mucho más complejo: las dos fuentes consultadas coinciden en dibujar una sociedad muy polarizada en el plano nacional: las dos posiciones extremas oscilan entre el 29% y un tercio de la varianza, con el agravante de que en la tabla del CIS son, además, las posiciones más frecuentadas (no así en la del ICPS en la que la más frecuentada es la intermedia). Si contemplamos la tabla resumida en tres bloques (baja intensidad, intensidad media e intensidad alta, Cuadro XI)

esa imagen de polarización se acentúa: las posiciones extremas suman casi los tres cuartos de los encuestados. No parece que las observaciones pesimistas acerca de una Cataluña partida en dos carezcan de base precisamente.

## Cuadro XI

### Escala de nacionalismo catalán. Resumen.

	Media	CA/MA	NCM	VCM	OC	ONC	No cons.
Bajo	36,4	27,5	24,6	35,1	40,6	41,2	30,2

1,2,3							
Medio 4,5,6	21,6	18,9	18,5	22,8	23,9	27,2	22,0
Alto 7 a 10	37,7	49,4	43,0	39,3	30,6	18,5	39,0

Si cruzamos la intensidad del sentimiento nacionalista con el recuerdo de voto en elecciones autonómicas (Cuadro XX, las autonómicas de referencia son las de 2015) se observa una práctica ausencia de nacionalismo tanto en el electorado del PP como en el de Ciudadanos ( más polarizado el primero que el segundo), una oposición simétrica en el caso de JxSi: casi el cuarenta por ciento se ubica en el nacionalismo más radical, una intensidad nacionalista menor en el caso de la CUP ( probablemente asociado a su radicalismo social) y sólo en dos casos (PSC y Comunes) la distribución se asemeja a la media, aunque en ambos casos el índice correspondiente a ambos electorados es de intensidad nacionalista inferior a la del conjunto del electorado.

Más revelador si cabe es el cruce entre intensidad del sentimiento nacionalista y clase social (Cuadro X): el sentimiento nacionalista decrece en intensidad conforme descendemos en la escala social: el índice medio es superado en el caso de la clases alta y media alta, en las nuevas y viejas clases medias, y cae significativamente por debajo de la media en el caso de las clases trabajadoras. Es más, mientras la polarización es débil en el caso de los obreros calificados y no cualificados, no sucede lo mismo en el caso de los otros estratos sociales: la polarización es muy alta en los tres, y resulta máxima en las clases sociales más elevadas. Si nos fijamos en la autodefinición ideológica el porcentaje de catalanes que se autodefinen como nacionalista es bajo: un 11,5 en primera opción y un 5,7 en segunda, si bien en ambos casos esta del orden de cuatro veces y media por encima de la media española. Dicho esto la autodefinición nacionalista sigue un patrón a estas alturas harto familiar: si la media es la señalada asciende al 16,0% entre el estrato social más elevado y al 14,1% entre las nuevas clases medias, cayendo por debajo del 7,5 entre la clase obrera. Si de la opción ideológica pasamos a la autodefinición en términos de nacionalista/no nacionalista el resultado es claro: son nacionalistas el 41,5 de los encuestados y optan por definirse como no nacionalistas el 54,1. Supongo no resultará sorprendente a estas alturas que señale que los que sí superan la media en los tres estratos más elevados (y superan levemente la mitad en el estrato más alto).

Lo dicho es coherente con la distinta importancia que se da a elecciones al Congreso y al *Parlament de Catalunya*, mientras que las clases bajas otorgan el rol de elección principal a la del Congreso y los estratos intermedios están divididos, el otorgamiento del rol principal a las elecciones autonómicas se desplaza hacia la cúspide de la estructura social. Sin duda aquí se halla la clave de la muy notable distancia registrada entre el patrón de resultados de las candidaturas nacionalistas en la elección del *Parlament*, y el que surge en el caso de la elección al Congreso de los Diputados (en el año en el que coinciden -2015- hay algo más de 17 puntos de diferencia a favor de la elección autonómica).

De lo dicho se sigue una conclusión que me parece sólida: el movimiento independentista tiene una base social minoritaria, es portadora de un discurso político sospechosamente próximo al de la derecha radical europea (único ámbito en el que ha recibido apoyos políticos significativos), y reposa sobre un universo socialmente sesgado a favor de las élites catalanas. Queda por explicar cómo ha tenido tanto éxito, con una base social tan reducida y frágil.

A mi juicio las razones principales del éxito del nacionalismo “indepe” pueden reducirse a cuatro: la aceptación generalizada del nacionalismo étnico entre las elites y buena parte del electorado catalán; la elaboración e imposición de un discurso victimista que ha logrado gran aceptación, el dominio absoluto del espacio público y la expulsión del mismo de quienes no comparten el relato “indepe”, y la ausencia de propuestas alternativas mínimamente significativas.

El desplazamiento del nacionalismo cívico por el nacionalismo de definición étnica es, me parece, la cuestión primaria. En este sentido corresponde a la izquierda catalana (en el caso con la inclusión de ERC) gran parte de la responsabilidad. Ni la izquierda de matriz comunista, ni mucho menos el PSC, por no hablar de Esquerra ha sabido, querido o podido evitar que el discurso nacionalista basculara lenta, pero regularmente del lado de una concepción intrínsecamente excluyente de la “nación catalana”. El largo dominio de la Generalitat por el pujolismo (no menos de veinte años de duración) ha posibilitado la imposición gradual de la visión neotradicionalista de Cataluña sostenida primero por Pujol y después por CiU, que han usado para ello de los medios que el control del autogobierno catalán les ha proporcionado. Es más no cabe excluir la posibilidad que ese proceso de sustitución de una idea de nación catalana por otra, que implica el paso de la inclusión a la exclusión, se haya visto favorecido por un hecho de importancia nada desdeñable: los cuadros rectores de la izquierda catalana han provenido muy mayoritariamente de la misma clase social, el mismo ambiente familiar y cultural, una cultura política muy similar a la propia del pujolismo. El destino de la emblemática familia Maragall me parece al respecto ilustrativo.

El segundo argumento es claro y simple: el discurso victimista del nacionalismo “indepe” ha tenido un gran éxito de una parte porque se dirige a la parte irracional del comportamiento político, el discurso en cuestión no apela primariamente a los argumentos, y con ellos a la razón, más bien al contrario es un discurso intelectualmente muy frágil, cuya potencia no dimana de las razones, sino de las emociones que es capaz de suscitar, por dirigirse a un inconsciente colectivo supremacista aquejado crecientemente de inadaptación ante un escenario de pérdida de uno de los activos fundamentales de la autocomprensión catalana, al menos desde la década de 1850, a saber: está dejando de ser en España el paradigma de la modernidad, y debe contar con la competencia creciente que le suponen el crecimiento comercial, industrial y de servicios de otras zonas de España, muy en especial el más serio de tales competidores por ser el de mayor tamaño: Madrid. Es el resentimiento adobado por el miedo a dejar de ser caput Hispaniae lo que da buena parte de su atractivo al emotivismo victimista del discurso “indepe”.

El tercer argumento es el más claro y sencillo: el nacionalismo será todo lo minoritario que queramos, que lo es, pero es hegemónico en Cataluña. Y lo es a tal punto que ha tratado de monopolizar el espacio público en la Comunidad Autónoma, cosa que ha estado muy cerca de conseguir, valiéndose para ello del uso intensivo de los recursos públicos controlado por la Generalitat. El primero de ello el uso exclusivista, y aun sectario, de los medios de comunicación de titularidad pública (TV3 es la TV más vista en Cataluña y su audiencia más que duplica a su inmediato perseguidor, la Sexta), le sigue el uso de la publicidad institucional y de las subvenciones públicas para financiar una densa red de medios locales y comarcales de comunicación y para apoyar a las organizaciones sociales próximas al independentismo, sea estas antiguas (Omnium) o recientes (ANC); el tercero el uso de la presión política para condicionar los medios de comunicación privados al efecto, bien de alinearlos con la dirigencia nacionalista, bien de neutralizar su potencial capacidad de

oposición. Finalmente, el uso intensivo del acoso a los discrepantes, a los que se demoniza y a los que se trata de presentar como una reducida minoría de traidores a la patria, y que puntualmente ha dado lugar tanto actos de violencia física como simbólica.

Todo ello ha sido posible porque el nacionalismo etnicista se ha desarrollado, crecido e impuesto sin la concurrencia de relato alternativo alguno. La minoría nacionalista no solo cuenta con un apoyo mayoritario de los grupos sociales superiores y más poderosos, que también, es que domina el espacio público por incomparecencia de los demás. No es que haya impuesto su hegemonía venciendo una eventual competencia. Es que no ha habido competencia alguna. Hay en Cataluña una mayoría silenciada (que incluye a los nacionalistas no afectos al *procés*), no sólo, y no principalmente, por la presión del movimiento hegemónico, sino primariamente por la ausencia de un relato alternativo y, con ella, por la imposibilidad de disputar el dominio del espacio público al movimiento a la fecha hegemónico. Sólo excepcionalmente, en el último año, esa mayoría silenciada ha comenzado a moverse, a articularse y a tratar de ganar presencia en casi el único segmento del espacio público que el nacionalismo “indepe” no ha podido monopolizar: la calle.

Asimismo, el último año ha visto el primer factor de cambio relevante: el proyecto de independencia unilateral ha fracasado. Si lo prefieren ustedes en terminología felipista: le han echado un pulso al Estado y lo han perdido. Ello abre una ventana de oportunidad, pero solo eso. A mi juicio llevaba razón un político catalán, el sr. Rivera, cuando señalaba que el problema catalán no es sustantivo, es un síntoma de un problema de mayor calado: el problema de España.